

La pérdida de la alegría en las neurosis

J. Cardona Pescador*

Los profesionales de la psiquiatría nos enfrentamos, en la práctica clínica, con el hecho incontrovertible de la multiplicidad de factores (biológicos, constitucionales, endotímicos, ambientales, etc.) que diversifican las anomalías del ser psíquico, englobados bajo el concepto de Neurosis. Muchos autores y escuelas psiquiátricas han intentado definir y sistematizar las neurosis y, precisamente, debido a la complejidad del acontecer psíquico, sigue constituyendo un tema debatido y sujeto a controversias. Queda fuera del ámbito de este trabajo el estudio crítico de las interpretaciones que, a lo largo de la historia de la psiquiatría, se han ido elaborando sobre las neurosis. Me voy a limitar a señalar algunos de los rasgos esenciales que configuran la personalidad neurótica y su relación con la pérdida de la alegría.

López Ibor, en su obra *Las neurosis como enfermedades del ánimo*, ofrece un detallado estudio de estas anomalías psíquicas que se manifiestan por el modo anormal de vivenciar la realidad, y ocasionan una sintomatología displacentera: ansiedad, miedos, tristeza, angustia. Según este autor, las neurosis son timosis, es decir, alteraciones de la timopsique, de carácter endógeno y muchas veces fásico, condicionadas por factores ambientales. En la interrelación entre el factor personal y ambiental estriban los problemas clave para la comprensión de las neurosis¹⁶ sin embargo, considero de

Las neurosis son timosis, es decir, alteraciones de la timopsique, de carácter endógeno y muchas veces fásico, condicionadas por factores ambientales (López Ibor).

primordial importancia la necesidad de esclarecer un aspecto nuclear, de especial trascendencia clínica y psicoterápica: se trata de dilucidar si, en la distorsión de la

personalidad neurótica, predomina el factor endógeno (en cuyo caso la responsabilidad del neurótico quedaría consecuentemente eximida en mayor o menor grado) o el reactivo, entendiéndose por tal la actitud vital que el paciente adopta ante la vida y la realidad objetiva y, en este caso, sí que el neurótico sería responsable de su anomalía y de él dependería primordialmente el reajuste psíquico necesario para dejar de ser neurótico.

Este punto crucial de la psiquiatría, de tanta trascendencia clínica y terapéutica, se ha tratado de resolver estableciendo dos polaridades diagnósticas para las depresiones según el predominio del factor endógeno o del reactivo; y así se habla de depresión endógena (fisiodinámica) y la reactiva (psicodinámica). Pero, en la práctica, establecer esta distinción de modo neto no es tarea fácil, y ha llevado a algunos autores, como Lewis¹⁵ a afirmar que toda enfermedad es el producto de dos factores: del medio que actúa sobre el organismo y de la constitución de éste. Los estudios genéticos y biológicos no han confirmado, dice Lewis, la existencia de tipos de reacción o de enfermedades independientes. Los síndromes puros se encuentran menos a medida que se estudia más cuidadosamente al paciente y a su enfermedad. A medida que se analizan más los casos se ve cómo, en la mayoría, es imposible tomar una decisión sobre la prevalencia de los factores endógenos o ambientales en la presentación de una depresión neurótica.

Sin embargo, en atención al objetivo que me he planteado en este trabajo me voy a limitar a considerar la neurosis como reacción vivencial anómala y los rasgos que, a mi juicio, caracterizan a la personalidad neurótica, bien como efecto de un trastorno endógeno o bien como consecuencia de un modo anómalo de su estar-en-el-mundo y de reaccionar ante él, o por una imbricación causal de ambos factores y que, en cualquier caso, determinan una distorsión de la alegría.

Las neurosis son anomalías de la vida psíquica que se manifiestan por el modo anormal de vivenciar la realidad, y esta elaboración anómala de la personalidad neurótica viene determinada por unas actitudes vitales que voy a tratar de condensar bajo tres proyecciones:

* Centro Médico. Psiquiatría y psicología clínica. Madrid.

A) **El neurótico y la realidad objetiva.** Desde esta perspectiva se va a considerar cómo y por qué en el neurótico se distorsiona la percepción de la realidad y, ante estímulos ordinarios, tiende a reaccionar de modo desproporcionado.

B) **El neurótico y el tiempo.** Responde a otro rasgo común a la personalidad neurótica, en su proyección vital hacia el tiempo, que tiende a remover constantemente la vida pasada, a desorbitar la presente o a *presentizar* el futuro.

C) **El neurótico y la intencionalidad.** En la personalidad neurótica se suele producir una alteración en la jerarquización de las intenciones que le conduce a la búsqueda intencional de lo que, en realidad, es sólo resultado o efecto de una actitud vital.

A) EL NEUROTICO Y LA REALIDAD OBJETIVA

Considero oportuno hacer unas breves consideraciones relativas a la teoría del conocimiento, para después entrar en el estudio de la distorsión de la percepción de la realidad en el neurótico.

C. Cardona, en su obra *Metafísica de la opción intelectual*, dice: "nuestro conocimiento es verdadero en la medida en que conoce verdaderamente las cosas que verdaderamente son y no hay verdad lógica hasta que el entendimiento no percibe la adecuación de su acto cognoscitivo con el objeto; pero esa percepción no se realiza mediante un nuevo acto, sino en virtud de la reflexión concomitante; es decir, que para que el intelecto conozca su verdad es indispensable una cierta reflexión.

El conocimiento del ser real comienza por algo exterior pero que es del ser, está en el ser y se da por el ser. Por esas cualidades sensibles que nos lo presentan, el entendimiento penetra, con esfuerzo y en cierto grado, hasta el núcleo ontológico inteligible, movido por el afán de saber qué es aquello que indudablemente es. A partir de ese dato procede el hombre normal, el hombre mentalmente sano, en todas sus consideraciones. A ningún hombre sensato le importa nada que sus razonamientos sean técnicamente impecables, formalmente de una lógica rigurosa, si se separan de la realidad, si han perdido el contacto con lo que realmente es"²².

Razonar correctamente no es sólo elaborar un pensamiento coherente, sino sostener un pensamiento que esté en relación con la realidad. A esta conexión con la realidad lo llamaban los psiquiatras de comienzos de siglo (Janet, Minkowski y otros) "la función de lo real", y esto es, justamente, lo que se deteriora en la personalidad neurótica, que puede sin embargo razonar correctamente desde un punto de vista puramente formal²⁸.

Razonar correctamente no es sólo elaborar un pensamiento coherente, sino sostener un pensamiento que esté en relación con la realidad.

K. Schneider dice que una reacción vivencial es la respuesta afectiva, motivada y con sentido a una vivencia²⁷ en la que participa todo el ser psíquico: sentimientos, pensamientos y acciones. La reacción vivencial es normal cuando existe una adecuación, en intensidad y en duración, con la causa que la motivó; es decir, cuan-

do la *función de lo real* permanece intacta, cuando existe una percepción objetiva de la realidad y una correlación lógica del efecto a la causa.

La reacción vivencial se hace anormal (se neurotiza) cuando es inadecuada con respecto al motivo que la desencadena, o es desproporcionada en intensidad o en duración. La esencia de la reacción vivencial anormal, dice López Ibor, es su inadecuación. Cuando las reacciones vivenciales anormales se repiten una y otra vez, la personalidad se va neurotizando y, si no se pone remedio, el sujeto acabará siendo un neurótico.

Paso ahora a tratar de *por qué* el neurótico ha llegado a hacerse neurótico, es decir, cuál es la causa por la que se comienza a reaccionar vivencialmente de modo inadecuado ante los estímulos que el-estar-en-el-mundo lleva consigo. Teniendo en cuenta la multiplicidad de factores (endógenos y exógenos) que condicionan al hombre en su enfrentamiento con la realidad, supondría una actitud reduccionista pretender encontrar un único patrón patogénico responsable de la neu-

Cuando las reacciones vivenciales anormales se repiten una y otra vez, la personalidad se va neurotizando y, si no se pone remedio, el sujeto acabará siendo un neurótico (López Ibor).

rosis: disarmonías y traumas psíquicos presentes en la disposición o adquiridos en el curso de la infancia, de la pubertad, acentuaciones de valores, ambivalencias, conflictos impulsivos, retardos y aceleraciones del desarrollo de diferentes factores caracteriológicos, todo ello —dice Weitbrecht²⁹— puede dar ocasión a una forma anormal de reaccionar, bien por distorsión de la percepción de la realidad o por defectuosa elaboración reflexiva de la percepción.

Sin embargo, me parece oportuno destacar una actitud que, a modo de peculiaridad básica, es particularmente frecuente, y a la que López Ibor se refiere cuando dice: *si es cierto que todo enfermo se infantiliza, en el neurótico cuaja, desmesuradamente, el egoísmo infantil. Su capacidad de entrega es nula o casi nula. No todo neurótico es así, pero en todos ellos se halla ese germen*¹⁷.

El egocentrismo responde a la actitud del hombre que sólo *mira hacia dentro* de sí mismo, que sólo le preocupa lo que le ocurre a él y al que sólo le interesa su autorrealización. Lo describe muy bien Pieper diciendo: *Un hombre al que las cosas no le parecen tal como son, sino que nunca se percata más que de sí mismo porque únicamente mira hacia sí, no sólo ha perdido la posibilidad de ser justo, sino también su equilibrio psíquico. Es más, toda una categoría de enfermedades psíquicas consisten esencialmente en esta falta de objetividad egocéntrica*²³. Cuando el hombre se hace autónomo pierde su conexión con la verdadera objetividad, y la consecuencia de esta actitud es la angustia de sentirse lanzado a un mundo desconectado. Este hombre, desligado de la realidad, no hace más que buscar continuamente algo estable, un valor perdurable: escoge como único criterio sus sensaciones y las absolutiza. Este paso falso le conduce a no saber salir de sí mismo, absolutiza su propio vivir, busca lo agradable y huye de lo desagradable. Así el principio del placer es elevado a la categoría de principio supremo.

La hipertrofia del yo equivale a una absolutización de los valores relativos. Igor Caruso denomina a esta alteración de valores *herejía vital*, por la que en el neurótico, en vez de tomar el yo el lugar que le corresponde en el sistema universal de relaciones, se hace a sí mismo centro del mundo y tiende fatalmente a construir un sistema universal de valores en el cual las normas son dictadas por sus sensaciones inmanentes. Así como el sentido de la vida, dice Caruso, sólo se revela en la adhesión a una jerarquía de valores estables, así se oscurece más y más por la inmanentización que hace al hombre dependiente de una falsa y precaria trascendencia. Entonces el criterio fundamental de los valores vitales es la sensación, es decir, el placer que continuamente necesita nuevas comprobaciones, y tomar el placer como criterio conduce forzosamente a un profundo disgusto de la vida ³.

Cuando una personalidad egocéntrica se persuade de que poner como criterio fundamental de su vida la búsqueda del placer le conduce al hastío, es frecuente que trate de desplazarlo hacia el afán de poder, de conocer, de autorrealización personal o, en cualquier caso, hacia valores egocentros que le predisponen a actitudes que suponen el *caldo de cultivo* más propicio para la neurotización de su personalidad: la no aceptación de sus propias limitaciones y la alteración de la jerarquía de valores, de lo que trataré más adelante.

La práctica clínica nos evidencia que las personalidades egocéntricas suelen padecer una gran labilidad en su estado de ánimo. El hombre que se enquistaba en su propio yo se aísla del mundo y del prójimo y se hipersensibiliza hacia cualquier estímulo que considere atentatorio o lesivo para sus valores personales, se hace indulgente hacia sus propias deficiencias e intolerante para las ajenas.

La alegría, por consiguiente, se distorsiona en el egocéntrico porque *la labilidad del humor está en íntima dependencia con la alterabilidad del sentimiento del yo* ¹². Bumke señala que, en estas personalidades, no sólo motivos poderosos, sino también pequeños (fracasos, críticas desfavorables) disipan la posibilidad de una concepción positiva y serena sobre la vida, y sofocan la conciencia de sí mismo y el valor de vivir ¹.

Igor Caruso dice, en su obra *Análisis psíquico y síntesis existencial*, que la Psicología Profunda se esfuerza por encontrar criterios para el desarrollo del hombre, que están dentro de él, con lo cual no logra sobrepasar lo individual. De modo que la meta de esos esfuerzos —autonomizados— de la Psicología Profunda no pasa de unilateral: la plenitud del propio yo ⁴.

El perfeccionamiento y cumplimiento del propio yo es una meta elevada, pero mientras no se relacione con los valores objetivos será imposible rebasar el marco de lo individual (Caruso).

Desde luego, sigue diciendo Caruso, el perfeccionamiento y cumplimiento del propio yo es una meta elevada, pero mientras no se relacione *con los valores objetivos* (recuérdese lo que antes señalaba a propósito de la *función de lo real*), será imposible rebasar el marco de lo individual. El cumplimiento de las exigencias del propio yo, respetuoso con los valores que le trascienden, no

es imaginable sin renuncias, sin el sometimiento, realmente sentido, de los propios valores egocentros a los valores del amor. No se puede penetrar en el reino de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello sin haber renunciado antes a lo estético como fin en sí mismo (la sensación por sí misma, el principio del placer). Pero es también necesario haber renunciado a lo racionalístico como fin en sí mismo (el orgullo de saber). Por muy sublimes que puedan ser en sí, todos esos valores son relativos y finitos, y en el momento en que se absolutizan hay que suponer allí una hipertrofia del yo.

Por lo expuesto se pone de manifiesto que el egocentrismo supone una absolutización de lo relativo, una distorsión de la función de lo real, que conlleva una deformación de la personalidad que la dispondrá a su propia neurotización y, por consiguiente, a la distorsión de la alegría. *Mientras el anhelo de verdad —la adecuación del intelecto con la realidad objetiva y la subsiguiente elaboración lógica en contacto con lo real— conduce al legítimo cumplimiento y, por tanto, a la legítima libertad y poder; toda absolutización de lo relativo conduce a la separación de la verdad, a la soledad, y así la*

No se puede penetrar en el reino de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello sin haber renunciado antes a lo estético como fin en sí mismo.

libertad se convierte en esclavitud. La liberación sólo puede venir por la adhesión al reino de los verdaderos valores. La herejía vital debe ser desenmascarada y sustituida, si es posible, por la verdad entera, no por verdades parciales limitadoras ⁵.

B) EL NEUROTICO Y EL TIEMPO

Voy a considerar ahora otro de los rasgos que, a modo de actitud básica, suele encontrarse en la personalidad neurótica y que contribuye a la distorsión de la alegría.

El acto vital, dice López Ibor ¹⁸, está constituido por una serie de momentos, pero el conocimiento del acto vital es, constitutivamente, un proceso. Su estructura consiste en que, cualquiera que sea su contenido, siempre se hallan presentes tres fragmentos: un pasado, un presente y un porvenir. Fragmentos que tienen entre sí un orden, una prelación, cualquiera que sea el momento que dure. Los tres fragmentos del acto se viven de un modo distinto: el pasado, como recuerdo; el presente, como percepción, y el futuro, como espera. Entre ellos se establece una dirección que tiende a incrementar el pasado a costa del futuro. El pasado se infarta a medida que el futuro de depleciona. En esta vivencia del cambio que ocurre en esta dirección se halla la propia vivencia de la dirección hacia la muerte. Este es el fenómeno fundamental de envejecer. Existe, pues, una especie de certeza intuitiva de la muerte. La vida es experimentada como una totalidad, de la que uno de sus fragmentos devora a los otros dos. El presente es una especie de constante, de suerte que el propiamente devorado es el futuro, con una progresiva aproximación hacia un acontecimiento inexorable: la muerte, que el hombre normal vivencia como algo vinculado a su propia existencia, con carácter personal e intransferible y que acepta como una limitación impuesta a su naturaleza o

como salto a la trascendencia, el imperativo de mayor dignidad en el plano de la existencia.

La personalidad neurótica, al realizar un tipo de vida inauténtica (distorsión de la función de lo real) vivencia la muerte como experiencia de la nada, como presentimiento de la nada. Al neurótico le angustia la muerte, la locura o la enfermedad como forma de disolución de su personalidad, como amenazas de la nada. Cuando un enfermo, dice López Ibor ¹⁹, manifiesta miedo a la enfermedad, a la locura o a la muerte, lo que pasa por el fondo de él se debe al presentimiento de la disolución de la vivencia del yo, como centro personal, hipertrófico, de la existencia.

También, por consiguiente, la personalidad neurótica distorsiona la realidad de su estar-en-el-tiempo en cualquiera de sus tres proyecciones: pasado, presente o futuro; y casi siempre, en un análisis profundo, encontraremos un intento de eludir cualquier impacto que deteriore la imagen de su yo o que le amenace con una disolución de su personalidad.

Con relación al pasado, el neurótico se castiga a sí mismo por una culpa que mantiene cuidadosamente en la inconsciencia y, entonces, para poder explicar su sentimiento de culpabilidad, se pone a la búsqueda de un sustituto, hurgando y removiendo su vida pasada y tratando de encontrar justificaciones a sus errores pasados o a sus insatisfacciones presentes, y a esta actitud tiende por su obstinación en no aceptar sus propias limitaciones. El neurótico, dice Igor Caruso, localiza falsamente la culpa, por falta de humildad, pues la soberbia no concede que es culpable, sino que considera más cómodo incluso el imponerse una falsa culpa. La falsa culpabilización conduce necesariamente a una aparente inculpación propia y, secundariamente, también a la agresividad ⁶.

La personalidad neurótica, al realizar un tipo de vida inauténtica, vivencia la muerte como experiencia de la nada, como presentimiento de la nada.

La agresividad o el resentimiento representan actitudes que se suelen encontrar en la base de la personalidad neurótica como forma inauténtica de evadir su angustia, responsabilizando de ello a personas, acontecimientos familiares, profesionales o sociales de su vida pasada. A esta actitud se refiere Rof Carballo cuando dice: *gusta al hombre de echar siempre a otro las culpas de sus males. Los psicólogos saben que así se descarga de algo que dentro de él no marcha muy en armonía. Lo malo de razonar así, culpando a los demás, no es que sea injusto, lo malo es que esta manera de pensar empobrece a quien la practica. En grado atenuado, pasa lo mismo con las explicaciones que tradicionalmente se conocen como reduccionismo y cuya expresión prototípica es decir: Esto no es más que..., el mundo no es más que... un montón de partículas elementales; el hombre no es más que... un simio evolucionado; el sentimiento religioso no es más que... la sublimación de una angustia; el amor no es más que... una trampa del impulso de reproducción ²⁴.*

Con respecto al presente, la personalidad neurótica distorsiona también la realidad, dando una importancia excesiva a situaciones aparentemente conflictivas que, en muchos carecen de entidad. El neurótico tiende a

desorbitar la vida presente, otorgando un valor absoluto a lo relativo.

La angustia presente ante la enfermedad, la locura o la muerte, predispone al neurótico a una situación de desamparo absoluto primario. Y este desamparo actúa como un vacío dinámico que precipita todas las formas de posible relleno, incluso con la sexualidad sublimada. En Freud, la angustia se considera como el máximo dis-

La agresividad o el resentimiento representan actitudes que se suelen encontrar en la base de la personalidad neurótica como forma inauténtica de evadir su angustia.

placer; de ahí que la satisfacción libidinosa apague la angustia. *La frustración instintiva es fuente de angustia, puesto que la satisfacción instintiva es capaz de anularla.* Desde el punto de vista vivencial se establecerá, por tanto, una polaridad dinámica entre placer y angustia, que en la dogmática psicoanalítica se expresa como polaridad instintiva entre libido e instinto de muerte. El esquema falla precisamente por el hecho de establecer una polaridad compensadora. La entraña de la vida es primariamente angustiosa; por eso el placer sexual se tiñe o se infiltra de angustia. El placer será una vía de evasión de la angustia, pero no un contrapunto absoluto capaz de borrarla. La angustia rebasa el perímetro de la vida como placer. Para salir de la angustia se necesita un salto. Los saltos vitales, por fuertes que sean, como los instintivos, no bastan. La trascendencia es un imperativo de mayor dignidad en el plano de la existencia ²⁰.

Es la posibilidad fundamental de poder fallar en el llegar a ser la que amenaza el tiempo presente del neurótico bajo diversas formas: angustia ante el destino, miedo a la pobreza, miedo al fracaso social, etc. Cuando la angustia no puede manifestarse en su sentido real, toma la imagen del temor y desplaza su verdadero sentido hacia cualquier situación angustiosa de temor, desorbitando las amenazas de la vida cotidiana. *Si el hombre se escapa del amor, entonces el mundo humano se le puede convertir en mundo enemigo, del cual él se retrae en sí mismo, desesperado, como desertor del mundo. También puede intentar acallar su angustia fundamental entregándose a disipaciones y pasiones, al furor del trabajo, a excesos sexuales, etc. A menudo se descubre que un aparente estar libre de la angustia sólo es una secreta posesión de la personalidad por la angustia. La noche es la que hace salir a la luz esta angustia latente en forma de sueños y pesadillas o se muestra en mil molestias de salud, en la disminución de la fuerza, de la capacidad de trabajo, en una exagerada necesidad de seguridad, en un escepticismo frívolo, en rigorismo ético, en una ideología fundada en el culto a lo primitivo, pero también en una pseudorreligiosidad, en una práctica forzada y dolorosa de los ritos religiosos, llena de bondad farisaica ¹⁰.* A esta forma de evasión inauténtica de la angustia, a la que puede tender la personalidad neurótica, se refiere Igor Caruso, cuando dice: *el angelismo es una forma refinada de narcisismo, es decir, del estadio más profundo de amor propio. Es una hipertrofia del yo. El propio yo se identifica con la imagen ideal de sí mismo, un deseo digno de prosecución se*

toma por una realidad adquirida y a ella se sacrifica todo lo que en nosotros es relativo y contrario. El hombre debe confesar sobre todo su imperfección, el grado realmente conseguido de perfección o desarrollo, con su juego y sus conflictos instintivos porque el hombre es capaz de atender un ideal elevado y de sacrificar a ese ideal incluso la verdad y el amor ⁷.

Con respecto al tiempo futuro, la personalidad neurótica también puede sufrir las consecuencias de la distorsión de la función de lo real que le provoca una angustia patológica. En la apertura de posibilidades de la crisis

En la personalidad neurótica, el temor ante el destino se halla dirigido a toda clase de posibles derrotas en la lucha por la vida y por la existencia, a enfermedades, pobreza, fracasos, etc.

angustiosa existe también una nota diferencial entre la angustia normal y la patológica (neurótica). Las posibilidades de la angustia normal flotan en el futuro. Todo puede ocurrir: al sujeto le amenaza aquel o este peligro, pero esa amenaza se vive con el sentimiento de distancia que se vive en el futuro. El futuro es continuación del presente, es un desarrollo de la temporalidad, pero su cualidad es distinta. En la estructura misma del futuro hay algo cualitativamente distinto del presente. El futuro actúa sobre el presente sin perder su carácter de futuro.

En la personalidad neurótica el futuro se vivencia como presente. No es todavía presente, pero se vive como tal. El futuro se presentiza ²⁵, es decir, toma cualidades de presente. Lo amenazador del futuro ya está ahí como amenaza que tiende sus redes aprisionadoras en torno al neurótico. Naturalmente, dice López Ibor, no es todo el futuro, sino aquel sobre el que se cuaja la angustia en forma de fobias y obsesiones.

En la angustia neurótica el futuro se ha encarnado en el presente, y la amenaza de ruptura de la unidad del yo se convierte en una realización anticipada de esa amenaza. Por eso la angustia patológica es somatotrópica. La unidad cuerpo-psyque se disloca en el neurótico y se produce un desplazamiento de ese estado de ánimo que es la angustia, hacia la corporalidad. La presentización de la nada, la muerte o la locura, está infiltrada en la misma corporalidad ²¹.

Con esta peculiaridad de hacer presente el futuro, en la personalidad neurótica, el temor ante el destino se halla dirigido a toda clase de posibles derrotas en la lucha por la vida y por la existencia, a enfermedades, pobreza, fracasos, etc. Toda la gama de posibles pérdidas de valor y de posibles amenazas festonea el horizonte del futuro, del que el neurótico no puede apartar la mirada. Por eso, dice Lersch, el futuro arroja sus sombras sobre el presente. Al neurótico le resulta difícil alegrarse por el presente, pues a la esencia de la alegría corresponde el irradiar hacia el futuro y éste puede llegar a aparecer como un muro tras el cual queda el hombre aprisionado, sin esperanza.

La desesperación neurótica puede llegar a constituir una conmoción radical, es decir, puede llegar hasta las raíces del fondo vital, ocasionando una crisis existencial, afectando a la causa primitiva de la voluntad de vivir que el hombre percibe directamente en el fondo endotímico.

Lersch señala dos formas de desesperación:

a) Desesperación biológica, por la presentización de la posible pérdida del mínimo necesario para la existencia puramente biológica.

b) Desesperación existencial, por la presentización de la posible pérdida de la realización de valores de significado y de sentido, con la consiguiente pérdida del sentido de la existencia ¹³.

A este segundo tipo de desesperación se refiere Von Gebattel cuando afirma que, desde el punto de vista antropológico, la angustia es la medida de la resaca de la nada. La fe, la esperanza y el amor quedan excluidos del ámbito de la angustia, a la propia actividad le falta el punto de apoyo, el centro del fundamento personal de la existencia. La cúspide de la angustia queda siempre señalada por la posibilidad (presentizada en la personalidad neurótica) de perder la unión del ser y del amor con Dios. Con los actos fundamentales de la fe, esperanza y amor se pierde también su eficacia para configurar la existencia y tiene lugar una atrofia y destrucción nihilista de las últimas relaciones de sentido y de la auténtica meta de la existencia, de ahí que se entregue inseguro y abatido en una existencia solamente terrena ¹¹.

Cuando en la personalidad neurótica se produce esta distorsión del tiempo, en su proyección futura, lógicamente lo que más se deteriora es la esperanza, que, con palabras de Lersch, es, para el hombre, además de un inquebrantable impulso vital, el aliento de su existencia. Cuanto más intenso es el impulso vital de un hombre, tanto más vivo es en él el sentimiento de la esperanza y tanto más futuro tiene. Y por ello es precisamente la esperanza el pulso del ser juvenil, cuya envidiable suerte es tener futuro y hallarse lleno de amor futuri ¹⁴.

C) EL NEUROTICO Y LA INTENCIONALIDAD

Si el hombre es un ser que está en y con la realidad, y su vida es una carrera que va hacia la búsqueda de su propia esencia montada sobre la temporalidad ²⁶, en la que entran en juego los tres fragmentos del tiempo (pasado, presente y futuro), y si, como hemos considerado anteriormente, en la personalidad neurótica se suele producir una distorsión de la función de la realidad y de la temporalidad es lógico que, como consecuencia, en la neurosis se produzca una alteración en la función de las intenciones, en cuanto que la intencionalidad humana, como deseo deliberado de alcanzar unos fines, está con-

Si en la personalidad neurótica se suele producir una distorsión de la función de la realidad y de la temporalidad, es lógico que en la neurosis se produzca una alteración en la función de las intenciones.

dicionada por la adecuada percepción de la realidad y por la justa proporción temporal (pasado, presente y futuro) entre medios y fines.

A esta alteración de la jerarquía de las intencionalidades se refiere Igor Caruso en su obra *Análisis psíquico y síntesis existencial*, diciendo: la neurosis es una apostasía de la jerarquía de valores; toda neurosis es un querer saltarse algo; se salta un eslabón de la cadena

causal sin que exista justificación para ello, y al querer saltarse relaciones naturales (fundamentadas en la realidad o en el tiempo) se originan satisfacciones simbólicas de deseos⁸, falsas culpabilizaciones, búsqueda intencional (como fin) de lo que sólo se da como resultado o efecto de una actitud vital.

Una manifestación específica de la alteración en la jerarquía de las intenciones viene dada, en la personalidad neurótica, por su incapacidad o resistencia a aceptar sus propias limitaciones, a reconocerse tal como es, con sus defectos y tendencias. El neurótico trata de eludir la angustia que le produce la realidad de su vida distorsionada por cualquiera de los factores analizados antes. Escapar de la angustia, ésa es la neurosis. Se escapa mediante ciertos mecanismos de descarga, amortiguamiento o defensa; mediante ellos la angustia no accede a la conciencia, es reprimida²².

En el neurótico la conciencia errada es reprimida hacia lo inconsciente. Una culpa que no se quiso admitir, se reprimió y produjo un sentimiento de culpabilidad difuso o incluso falsamente localizado. No toda culpa conduce a la neurosis, sino la inconfesada y sin embargo temida. Esta culpa está frecuentemente en que el neurótico se declara culpable en cosas sin importancia, mientras que de su verdadera culpa no quiere enterarse. El yo, hipertrofiado, del neurótico se identifica con la imagen ideal que tiene de sí mismo, y excluye de su conciencia los movimientos que no se compaginan con ese ideal⁹.

Esta actitud anómala de la personalidad neurótica, que se niega a reconocerse con sus defectos, culpas y limitaciones personales, le predispone a ir estableciendo —casi sin darse cuenta— unos mecanismos de defensa, de autoprotección de su falsa imagen propia, que le fal-

por vías angostas (de ahí la angustia como síntoma nuclear), y precisamente en esto consiste el aspecto positivo de la neurosis y, por esto, puede considerarse como *crisis de maduración humana*, en cuanto representa un intento de restablecer el contacto perdido con la realidad, la adecuación justa de su estar en el tiempo y la ordenación jerárquica de las intenciones, un esfuerzo hacia la verdad, hacia el amor y el bien.

La puerta de la felicidad se abre hacia fuera y el que intentase forzarla en sentido contrario la cerraría más fuertemente (Kierkegaard).

Por consiguiente, si, como se ha considerado antes, la neurosis supone un obstáculo para la alegría y para la madurez humana, también puede representar un estímulo para el enriquecimiento de la personalidad y para la reconquista de una alegría perdida, si, al reconocerse neurótico, se ponen los medios para dejar de serlo mediante una adecuada y correcta psicoterapia, orientada hacia la adquisición de un reajuste de la vida, con una progresiva adecuación del yo con la inevitable confrontación con la realidad objetiva, con el *tiempo* (pasado, presente y futuro) y con la debida jerarquización de las *intenciones* dirigidas a la consecución de unos fines que, con carácter de bienes, dan sentido a la vida y cuyo efecto es la alegría, concebida como descanso en el *bien poseído*.

El neurótico se declara culpable en cosas sin importancia, mientras que de su verdadera culpa no quiere enterarse.

sifican también su vida de relación, la interpretación objetiva de los acontecimientos de su vida profesional, social, sentimental, etc., y el enjuiciamiento correcto de los valores que dan sentido a la existencia. De ahí que, con frecuencia, en el neurótico se produzca una alteración en la jerarquía de valores objetivos que le conduce a buscar de modo inmediato, directo, como fin, lo que en realidad es resultado o efecto de una actitud vital.

Sólo el hombre que cree en su voluntad de sentido podrá constituir una jerarquía de valores que asigne al placer y al poder, a la autoafirmación y a la satisfacción de los propios instintos, su verdadero puesto, que es el de ser productos laterales, efectos de una realización adecuada del sentido de la propia existencia. A este respecto considero muy acertada la expresión de Kierkegaard cuando dice: *la puerta de la felicidad se abre hacia fuera y el que intentase forzarla en sentido contrario la cerraría más fuertemente*.

La neurosis supone un obstáculo para la alegría y para la madurez de la personalidad, de la que una de las características configurativas es precisamente la capacidad de responder adecuadamente a los conflictos que la vida humana, en su enfrentamiento con la realidad, el tiempo y las intencionalidades, plantea. Pero la neurosis, por otra parte, no es en sí misma una capitulación sino más bien una lucha, un ansia de recuperación

Bibliografía

1. Bumke. Lehrbuch der Geisteskrankheiten. 1924. *Nuevo tratado de enfermedades mentales*.
2. Cardona C. *Metafísica de la opción intelectual*. Ed. Rialp. Madrid 1973, 2.^a edic, pp. 34 y ss.
3. Caruso I. *Análisis psíquico y síntesis existencial*. Trad. P Mesequer. Ed. Herder. Barcelona 1958, 2.^a ed, p. 72.
4. Caruso I. Op. cit., p. 126.
5. Caruso I. Op. cit., pp. 128-129.
6. Caruso I. Op. cit., pp. 65-66.
7. Caruso I. Op. cit., p. 66.
8. Caruso I. Op. cit., p. 54.
9. Caruso I. Op. cit., pp. 61-62.
10. Gebattel VV. *Antropología médica*. Trad. Soria y Cervera. Ed. Rialp. Madrid, 1966, p. 476.
11. Gebattel VV. Op. cit., p. 474.
12. Lersch PH. *La estructura de la personalidad*. Ed. Scientia. Barcelona 1966, 4.^a ed., p. 278.
13. Lersch Ph. Op. cit., p. 254.
14. Lersch Ph. Op. cit., p. 251.
15. Lewis A. *Problems of obsessional illness*. En Proc Royal Soc Med, 29-1936; *Melancholia: a historical review*. En J Men Sci, LXXX-1-1934.
16. López Ibor JJ. *Las neurosis como enfermedades del ánimo*. Ed. Gredos. Madrid, 1965, p. 51.
17. López Ibor JJ. Op. cit., p. 25.
18. López Ibor JJ. Op. cit., pp-83 y ss.
19. López Ibor JJ. Op. cit., p. 79.
20. López Ibor JJ. Op. cit., p. 86.
21. López Ibor JJ. Op. cit., pp. 102-104.
22. López Ibor JJ. Op. cit., p. 92.
23. Pieper J. *Prudencia y templanza*. Ed. Rialp. Madrid, 1969, p. 17.
24. Rof Carballo J. Editorial ABC. 12-X-1978.
25. Rojas E. *Estudios sobre el suicidio*. Ed. Salvat. Barcelona 1978, p. 91.
26. Rojas E. Op. cit., p. 93.
27. Schneider K. *Klinische Psychopathologie*. Thieme. Stuttgart 1962, 6.^a ed.
28. Tresmontant C. *Comment se pose aujourd'hui le problème de l'existence de Dieu?* Ed. Du Seuil. París, 1966, p. 68.
29. Weibrecht H. *Manual de psiquiatría*. Ed. Gredos. Madrid, 1970, p. 169.